

IDENTIDAD Y MODERNIDAD

Jorge Alberto Lozoya

En el lejano año de 1926 el gran filósofo español José Ortega y Gasset llamaba ya la atención sobre el abuso a que era sometido el término "modernidad". En su texto clásico *La rebelión de las masas*, Ortega recuerda que el vocablo *modernus*, que puede traducirse como "nuevos modos", aparece durante el siglo VI en los textos del último escritor propiamente latino, Casiodoro. La voz se refiere a la sensación compartida por muchos hombres de diferentes épocas y latitudes de estar viviendo una etapa de cambio radical. Cambio que trastoca el orden establecido y cuestiona su legitimidad. Periodos en los que el presente deja chico al pasado, lo comprime y amenaza con desalojarlo. Esta acción invasora de los tiempos nuevos genera inconsagración, en un trance que, cuando es bien aprovechado, produce una revitalización de la vida humana y de la realidad histórica.

Apelando entonces a un mínimo rigor etimológico, debemos utilizar la palabra modernidad para invocar transformación y mudanza. Modernidad que habrá de enfrentarse a los estereotipos que insisten en llamar moderno a la novedad por la novedad. Es también importante estar al tanto de que la estética y la ciencia más avanzadas de Europa y Estados Unidos se refieren cada día con más frecuencia a la posmodernidad.

No está de más abundar sobre este asunto de lo moderno y lo posmoderno, pues en última instancia nos conducirá al meollo de la preocupación nacional sobre identidad y modernidad.

En las sociedades de mayor desarrollo relativo lo posmoderno, es decir, lo que cuestiona el paradigma convencional, es aquello que pone en duda la bondad última del orden social derivado de la hiperindustrialización.

A falta de un neologismo, se echa mano de la expresión *retro* de posmodernismo para impugnar la estandarización masiva de la sociedad de consumo y para oponerse a las fantasías que, so pretexto del progreso, han conducido a graves desequilibrios ecológicos y a la posibilidad de una conflagración nuclear. El posmodernismo implica la revaloración de los estilos de vida y producción que rechazan la uniformidad funcional de la sociedad industrial para recobrar y enriquecer la multiplicidad de realidades culturales precedentes al periodo de saturación tecnológica y consumista.

Por eso, cuando los mexicanos hablamos hoy de modernidad hay que tener cuidado de no ser más papistas que el Papa. Si llegamos tarde a la industrialización, y alto precio hemos pagado por ello, ahora afortunadamente podemos sincronizar relojes con las sociedades económicamente más favorecidas. Esto es así porque en la abundancia de los países ricos se agudizan las interrogantes sobre un orden contemporáneo que allá les resulta insatisfactorio y a nosotros nos condena a la marginalidad.

De forma tal que nuestro retraso histórico puede ayudarnos a evitar errores, que nos están siendo señalados por quienes ya trajinaron el camino de la modernidad. La crítica del orden industrial puede auxiliarnos, si somos sagaces e imaginativos, para que nuestra modernidad tardía desemboque en un avance que no contradiga la identidad nacional.

Así, México debe aspirar a una modernidad que no sacrifique la esencia nacional; una modernidad que respete nuestras tradiciones y las engrandezca con conocimiento genuino de las raíces y propósitos colectivos. Una modernidad que asuma el compromiso histórico de garantizar la equidad en la diversidad. Una modernidad que en vez de aplanarnos ponga de relieve lo que nos hace diferentes; diferentes como nación pero también diversos en las comunidades y los individuos. En suma, una modernidad que no vea a los mexicanos como mercancía, sino como protagonistas únicos e irrepetibles de nuestro futuro.

Estas afirmaciones que parecen obvias evidentemente no lo son, puesto que su aceptación encuentra tanta resistencia. Lo mal que andan las cosas se ve menos en nuestras necesidades que en la terquedad de algunos por aceptar el cambio.

Aquí valga oponerme a que se use la modernidad como pretexto para el consumo extralógico, la devastación ambiental y el imperio del mal gusto. No podemos seguir aceptando que 24 horas al día, haciendo uso de todas las ondas y éteres, se nos diga que para ser modernos tenemos que dejar de ser mexicanos, o dejar de ser, punto. El falso internacionalismo que permea los mensajes consumistas pretende identificar la modernidad con productos y consignas de las potencias hegemónicas. Esta artimaña mina irrevocablemente nuestra identidad nacional y, paradójicamente, exalta chauvinismos estériles.

Tampoco es aceptable que sigamos importando chatarra tecnológica camuflageada de triunfo científico. La modernidad no consiste en la adquisición indiscriminada de nuevos artefactos ni en inventar tareas inútiles disfrazadas de servicios. Además de lo oneroso que resulta ese dispendio, la actitud mental que reflejan tales conductas desgarran el tejido social y nos coloca en una situación de dependencia irreversible.

La modernidad nacional a la que debe aspirar el partido, si como asumimos desea seguirse reconociendo en la identidad mexicana, se integra orgánicamente a las corrientes más avanzadas del pensamiento mundial.

La solidez de la identidad mexicana es reconocida internacionalmente. Y no porque sea fácil definirla. Hay cosas que se sienten y se saben sin que por ello se puedan describir cabalmente. Las confusiones sobre lo que realmente queremos de la modernidad están vulnerando esa identidad. Nosotros lo sabemos y nuestros amigos extranjeros nos lo confirman.

No puede exagerarse la urgencia de identificar nuestro tiempo y circunstancia. Del diagnóstico certero y de la acción consecuente dependerá que

obtenemos buenos frutos de la crisis: Crisis no solamente nuestra, sino universal en sus dimensiones. La ceñuda crítica que los hombres y mujeres más inteligentes y honestos de las sociedades industriales ejercen sobre su realidad cotidiana está ahí para que nos sirvamos de ella y no mimetemos fracasos ajenos.

El Partido Revolucionario Institucional debe liderar la búsqueda nacional de una modernidad diferente. El vigor histórico y la experiencia política del partido deben generar la introspección, el análisis y la acción que rectifiquen el rumbo. Reitero que en este propósito los mexicanos no estamos solos; compartimos la preocupación y el anhelo con las fuerzas más avanzadas de las civilizaciones contemporáneas. Y cuidado que ésta no es una evocación ideológica de los trillados caminos de la izquierda y la derecha decimonónicas.

La transformación planetaria en la que todos estamos inmersos es de tal complejidad y rapidez que nadie puede presumir de conocer fórmulas mágicas o remedios únicos. La búsqueda general perfila nuestra época como una era azarosa, pero también extraordinariamente rica y creativa. No desperdiciemos esta fuente de oportunidades.